

Serra Pérez, M. A. (2022) *¿Hay una finalidad en el universo? El argumento teleológico en el debate contemporáneo*. Madrid: Dykinson, 197 pp.

Desde los orígenes de la revolución científica y el desarrollo del mecanicismo moderno, la vieja causa final ha sido cuestionada e incluso rechazada como una explicación superflua. La finalidad fue vista como una mera proyección antropomórfica, innecesaria para explicar el movimiento de los cuerpos mediante fuerzas de choques o de atracción, e incluso fue declarada como incognoscible por gran parte de la filosofía moderna (con algunas excepciones como Leibniz). En la actualidad, sin embargo, el debate sobre la teleología se ha reavivado en la filosofía de la naturaleza y en las reflexiones filosóficas acerca de la biología, atendiendo a nuevas formulaciones como la “teleonomía” de Nicolai Hartmann o Jacques Monod o el concepto de “función biológica”.

El libro del profesor Manuel Serra Pérez, *¿Hay una finalidad en el universo?*, se inserta precisamente dentro de estos debates, pero atendiendo no solamente al problema de la finalidad, sino a este principio como vía de demostración de la existencia de Dios. En otras palabras, no solo busca demostrar que hay una finalidad “natural” o “inmanente” en los seres naturales (animados e inanimados, inteligentes y carentes de razón), sino que, de existir tal finalidad, necesariamente debe haber una finalidad global o cósmica dada por una inteligencia superior, que actúe como causa primera de todo el cosmos.

Esta problemática ya había sido abordada por el profesor Serra en otros trabajos previos. En algunos se había centrado en el concepto de causa en general, como sus artículos “El valor fundante del “esse” en la cuarta vía tomista” (*Anales del Seminario de Historia de la filosofía*, 2021), “El papel del *actus essendi* en la comprensión de la causalidad” (*Daimon*, 2022) o su libro coordinado *La cualidad metafísica del ser respecto a la forma* (Eunsa, 2021). En cuanto al tema específico de la causa final, ya había sido tratado en dos trabajos previos: “Finalidad y existencia de Dios” (*Espíritu*, 2018) y “Sobre el fundamento de la finalidad natural en Aristóteles” (*Convivium*, 2021). No obstante, su libro *¿Hay una finalidad en el universo?* es el trabajo más sistemático y acabado sobre el problema de la causa final en relación con las demostraciones de la existencia de Dios.

Para abordar esta cuestión, Serra realiza un tratamiento histórico-sistemático del problema, articulando el libro en tres capítulos bien diferenciados: el primero sobre los orígenes del concepto de finalidad en la filosofía griega, el segundo sobre la sistematización tomista de la finalidad (atendiendo a su metafísica y a la famosa quinta vía) y finalmente un tercero que examina el tratamiento moderno y contemporáneo de la finalidad, desde Ockham y Descartes hasta Hartmann y Monod.

En estos no se realiza una mera exposición de las posturas de cada autor, ni tampoco se pretende hacer una historia completa del concepto de finalidad. Más bien, esta estructura responde a un estudio diacrónico del problema, atendiendo primero a sus orígenes históricos (filosofía griega), a su sistematización, fundamentos y formulación más acabada (Tomás de Aquino) y a las críticas y posiciones más

relevantes (modernos y contemporáneos). Bajo tal estructura es posible precisamente analizar la validez de los argumentos más relevantes de la modernidad y del mundo contemporáneo, pues solo así es posible determinar si las críticas a toda finalidad (racionalismo, mecanicismo, positivismo...) o a la finalidad global (teleonomía) son suficientes para socavar los fundamentos del argumento tomista, o incluso si sus propios cimientos son adecuados.

El libro comienza indagando los orígenes del problema en la filosofía griega –especialmente en Platón y Aristóteles– para examinar no solo las primeras formulaciones de la causa final, sino también del argumento de la existencia de Dios a partir de la misma. Si bien Serra encuentra precedentes de este argumento en Sócrates –*Memorables* de Jenofonte– y en los diálogos platónicos *Timeo* y *Filebo*, todavía no se da un tratamiento suficientemente amplio de esta problemática, tal como se dará en el pensamiento escolástico posterior (p. 30).

En cuanto a Aristóteles, Serra dedica varias páginas a dos aspectos clave de la teleología aristotélica. El primero es la exposición de la teleología natural, pues en el estagirita se encuentra la formulación más sistemática de la antigüedad de este tipo de finalidad, especialmente a partir de sus nociones de potencia y acto. El segundo es la presencia de una finalidad cósmica dentro de la metafísica aristotélica, no tanto atendiendo al problema de si la causa primera aristotélica es solo eficiente (como sostiene Enrico Berti) o también final. Más bien, el problema a tratar, en la línea temática del libro, es si la teleología natural aristotélica presupone necesariamente una teleología cósmica, siendo Follon y Giardina los principales exponentes de este debate (p. 42).

Si bien a juicio de Serra la finalidad natural aristotélica parecería apuntar a una finalidad cósmica, como muestran ciertos pasajes del *De philosophia* o *Partes de los animales*, reconoce que no existe suficiente evidencia textual para extraer esa conclusión (p. 121). Por ello, la fundamentación metafísica de la teleología cósmica vinculada a una inteligencia se debe a Tomás de Aquino. No solo en cuanto a las formulaciones dadas a este argumento, sino también a los conceptos y principios metafísicos que lo sustentan.

En el capítulo segundo, dedicado enteramente a Santo Tomás, se expone el núcleo fundamental del libro. Serra comienza analizando minuciosamente los conceptos elementales de la metafísica tomista, como el “acto de ser”, la participación, la distinción real entre esencia y ser, la perfección, el orden... El análisis de estos conceptos no es un mero inventario para facilitar la comprensión del lector, sino para poder establecer cuáles son los fundamentos de la famosa quinta vía tomista, y así determinar si las críticas posteriores eliminan adecuadamente dichos fundamentos. Por esta razón, este segundo capítulo es el más largo de todos (pp. 45-125), pues en él residen las bases principales de la tesis defendida.

Tras la exposición de los conceptos y principios generales de la metafísica tomista, denominada por Gilson “metafísica del *esse*”, Serra aborda la quinta vía, comenzando por recoger todas las formulaciones que hizo Tomás de este argumento en sus obras y deteniéndose en la estructura de la misma. Para ello no solo recurre a los propios textos tomistas, como la *Suma teológica* (p. 89), la *Suma contra gentiles* (pp. 96-98), el *Comentario a las Sentencias* (p. 90) o el *De veritate* (pp. 92-94), sino también a estudios realizados por grandes especialistas en la materia, como Alvira, Artigas, García López, Garrigou-Lagrange, González Álvarez o Vicente Burgoa.

Finalmente, en el tercer capítulo encara las críticas modernas a la causalidad final.

En línea con las anteriores exposiciones, Serra contextualiza estas críticas dentro de la crisis nominalista de la metafísica, que supuso un problema para las vías tomistas de la existencia de Dios. A partir de Ockham, el conocimiento de la existencia de Dios era imposible, pues sobrepasaba los límites del conocimiento sensible. Tras esta crisis, el racionalismo cartesiano transformará la vieja metafísica del “*esse*” en una metafísica del cogito, llegando a Dios no por la realidad natural (movimiento, finalidad, seres contingentes...) sino por las ideas del sujeto, como las de infinitud o perfección. En palabras del autor, “en este nuevo enfoque la pregunta no es por la existencia de Dios, sino por la *idea* de Dios” (p. 133).

Bien es cierto que los modernos intentarán hallar otras vías diferentes a la tomista, como la *teología física* británica (representada por Derham) o la tesis kantiana del juicio teleológico, pero ambas serán insuficientes (p. 141). La primera no fue exitosa en su intento de reconducir el mundo mecánico a la finalidad, y Kant trató a la finalidad como una idea regulativa, pero indemostrable por la experiencia. Tanto Dios como la finalidad eran demostrables en el ámbito de la razón práctica, pues solo así el hombre se podría desarrollar plenamente en su acción moral, pero en el ámbito natural resulta totalmente indemostrable (pp. 146-147).

Tras los intentos modernos de restaurar la finalidad, Serra se centra en la principal corriente filosófica antifinalista: el positivismo. En línea con lo anterior, los positivistas reducían el conocimiento humano al estudio de leyes que expresaran la sucesión y semejanza entre los fenómenos, por lo que cualquier concepto metafísico (tomista o de cualquier otra escuela) resultaba superfluo. Aunque cabe diferenciar (y así lo hace el libro) la formulación “fiscalista” de Comte, Littré y Bernard (en cierta medida) de la evolucionista de Spencer, la base de todas ellas es un rechazo rotundo de la metafísica en favor de la ciencia natural, ya sea la mecánica newtoniana o la teoría darwiniana de la evolución. A pesar de la influencia del positivismo, hubo intentos de recuperar la teleología natural por parte de Bergson, Hartmann y Monod, pero rechazaron la posibilidad de ir más allá de una mera teleonomía o finalidad inmanente.

Como respuesta a estas objeciones, Serra afirma que la metafísica tomista, fundamento de la quinta vía, sobrevive perfectamente a estas críticas. Es más, son las propias corrientes filosóficas de la modernidad (racionalismo, mecanicismo, positivismo...) las que parten, en muchos casos, de fundamentos más endebles, como partir de las ideas y del cogito en lugar de la realidad natural o intentar abarcar toda la realidad mediante teorías científicas acotadas a un campo concreto. La dificultad para la teleología no reside en la mecánica newtoniana o en la teoría de la evolución, pues la finalidad efectivamente es indemostrable a partir de las mismas. El problema reside en los intentos positivistas de explicar toda la realidad mediante estas teorías, dejando fenómenos que escapan a ellas y que caen en el terreno de la metafísica, la auténtica ciencia capaz de estudiar detenidamente la existencia de fines (p. 185).

En conclusión, el libro de Manuel Serra Pérez supone una valiosa contribución para los debates contemporáneos de la finalidad, pues aborda la cuestión con gran rigor y sistematicidad. No se trata de un mero examen de distintas posturas históricas o de un análisis a-histórico, sino que expone su tesis con una fundamentación sólida y adecuada. Tal es el camino que debe seguir todo examen o crítica de una tesis metafísica.